muy gastado y vulgar, y nosotros muy perseverantes, por lo cual ninguna mella nos hace ni hará. En cambio nos sirve para diferenciar la nobleza de la cáscara de quienes nos le aplican.

"¡Qué voluptuosidad, qué satisfacción para las pequeñas almas y los pedantes de falsa ciencia, de poder insultar a Kropotkine que se atreve—¡el herético!—a pensar con su cerebro, siguiendo el curso de los acontecimientos y no con fórmulas petrificadas! ¿No es esto seguir ofendiendo coléricamente, sin dejar tampoco de sofisticar y declamar? Si ejercer el libre examen, si discutir la conducta de un hombre, sea quien fuere, y comparar dos escritos suyos, es insultar, según la nueva *filosofía anarquista* de Malato, ¿qué ha hecho él durante toda su pasada vida de militante del anarquismo, qué hemos hecho los demás, sino insultar, al examinar libremente los males sociales, inquirir sus causas y puntualizar sus remedios? Con ese criterio, ¿no se va en derechura a la finalidad ultrareligiosa y superabsolutista de la inviolabilidad, de la intangibilidad y de la indiscutibilidad de determinados individuos? ¿Debemos considerar a Kropotkine, por el solo hecho de ser Kropotkine, como un jerarca infalible, como un dios inestudiable? ¿Hemos de descender a la hipocresía idolátrica, a la cobardía degradante, de callar nuestra opinión, contraria a la de Kropotkine, en este caso concreto y gravísimo de la guerra, aun sabiendo que un iracundo apasionado ha de decir que es insultar, el ejercitar nuestro elemental derecho a la franqueza? ¿Tendría nuestro proceder, si no la menor apariencia siquiera de anarquista? ¿Qué cría cosa que pensar con nuestro cerebro, hemos realizado—¡nosotros los hiperheréticos!—al discordar de la actual Kropotkine, guerrerista y patriota, si bien coincidiendo todavía con el Kropotkine antiguo, pacifista y cosmopolita a todo trance? ¿Sería ni por asomo digno de anarquistas, el aprobar sin examen, el decidir sin juicio, el sumar e sin autonomía? El anarquismo de molde reciente, que por lo visto quiere imponernos Malato, ¿consiste en la obediencia, en el acatamiento, en la disciplina? Este anarquismo, que podemos llamar liberal francés, ¿no es hermanito carnal del conservador y *realista* socialismo alemán? Según este parentesco y atendiendo a que lo difícil es siempre el primer paso, ¿sería de extrañar que Malato fuese ministro de la república francesa, después de la guerra, así como lo está siendo, durante ella, de la monarquía belga, el *socialista* Vandervelde?

Si él u otro creyera que le ofendo con esta pregunta, ¿quiere demostrarme la diferencia extraña que existe entre un ministro y un organizador espontáneo de batallones? Para mí hay una pequeña diferencia de exterioridad, consistente en que la autoridad del ministro es menos dura, más atenuada que la del militarista furibundo, que se entromete a reclutar soldados, para defender las pretendidas libertades de un Estado, burgués cual los otros.

"Solamente a los que me dijeran en la cara que estoy falto de *sinceridad* les daría una bofetada." Con razones tan vigorosas y contundentes queda persuadido hasta el más refractario. Dialéctica de tal alcurnia, ¿no ha sido siempre la peculiar de los matones altos y bajos? Si tan celoso se siente Malato de su belicosa sinceridad de ahora, ¿por qué no defendió nunca con igual celo, con tamaños argumentos, con tanta ofensividad, su apacible sinceridad de antes, su sinceridad de anarquista no mixtificado? Sin meterme en negaciones ni en afirmaciones sobre su sinceridad actual, no reparo en consignar que la sinceridad que con más furia se defiende a sí misma y con mayor terquedad quiere acreditarse, la tengo por la menos sincera y menos convincente. Pues ¿qué reputo saturada de verdad esta sentencia latina: *Excusa tio non petita, acusatio manifestata,* cuyo significado es: *La excusa no pedida equivale a una acusación manifiesta.* Los hombres plenamente sinceros no imponen su sinceridad a fuerza de bofetadas, sino que dicen sin perder el seso: *Si dudáis de mi sinceridad, todos los actos de mi vida os convencerán de ella.*

La carta en cuestión, redactada desde el comienzo al remate en idéntico estilo, tan florido cual razonador, concluye así: "Aprended antes de recriminar ¡oh, inquisidores!" ¿Qué tal la frasecita? ¿No la encontrais muy efectista y retumbante y hasta graciosa? ¿No es esta la pirotecnia, con que finalizan sus sofismas, los políticos verbosos, cazadores de papeletas electorales?

Tamaño golpe final demuestra que Malato, no sólo trata de justificarse, sino que por añadidura acusa, abre cátedra, anatematiza; incurriendo declarada y enteramente en el vicio que aspira a combatir. Aunque es el colmo de los colmos, no dejo de explicármelo. La experiencia me enseña que muchos, cuando tienen la intuición de que hay motivos para que se les acuse, traducen su pataleo en acusaciones contra los que podrían ser con más fundamento sus acusadores.

Sin embargo, esta diametral y chistosa inversión de términos, no bastará a oscurecer la verdad ni a trastornar más que algunos cerebros, predispuestos al trastorno. Por mucho que los Malatos vociferen y jueguen a la capciosidad, podrán convencernos de su sinceridad acaso, lo cual en fin de cuentas no es la esencia del asunto, pero jamás les ha de ser posible llevarnos al convencimiento de que no están errados, en este punto preciso de la guerra; de que no se han dejado arrastrar, aunque sea de sana fe, por el delirio homicida que enloquece a Europa.

El hecho definido, el hecho capital, el hecho indeclinable es que el error existe, y que nosotros no podemos ni debemos ni queremos transigir con él. Ni más ni menos.

Yo creo, y sería injusto no creer, en la sinceridad de muchos de nuestros enemigos de siempre; mas ello no nos detuvo nunca, ni es racional nos detenga, para refutar sus erróneas concepciones de toda índole. ¿Hemos de detenernos al presente, porque la ola del error haya subido, hasta invadir alguna parte de nuestro propio culminante pináculo anarquista? En ningún tiempo, en ninguna circunstancia, enmudeceremos ante el error, venga de donde viniere. Tal enmudecimiento sería tanto como la indignidad y la anulación para nosotros, y el cómodo y rápido crecimiento para el error.

No dudo que Kropotkine, Malato y cuantos les sigan en su nueva actitud, se obstinarán en defenderla y justificarla, y hasta en legitimarla entre los demás. Por eso, este artículo y los anteriores y los posteriores, no han sido ni serán escritos para disuadirles, para protestar ni para dogmatizar, sino para contribuir a señalar el error, más de lo que lo está, por su misma evidencia y magnitud y por las plumas de varios compañeros, con el solo y *sincerísimo* deseo de evitar que algún otro, incauto o neófito, pueda incidir en él, ahora o luego.

Por lo que atañe a las "excomuniones", tal materia será objeto del artículo continuante.

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Colón (Panamá).

POR LOS PRESOS

Teniendo en nuestro poder la cantidad aproximada para hacer el acostumbrado reparto de la suscripción de los presos por cuestiones sociales, rogamos a todos los compañeros que tengan noticias de compañeros presos, con derecho a este reparto, nos lo notifiquen antes del día 15 de abril, en cuya fecha daremos comienzo al reparto.

Esperamos actividad sobre este asunto, pues después de la amnistía últimamente concedida, no podemos utilizar la nota que tenemos del reparto anterior.

Pro Vega

En el continuo batallar de la vida, en el eterno zig-zag que como consecuencia lógica se desprende de la lucha que contra la Sociedad actual sostenemos, siéntese a veces una satisfacción viva y profunda cuando necesidades imperiosas nos obligan a buscar la cooperación de nuestros amigos y compañeros, y todos como un solo hombre, responden al llamamiento.

En esta época, en que tanto abundan los que por un empleo en el Municipio, o por un puñado de míseras pesetas para satisfacer concupiscencias y vicios, venden, como nuevos Judas Iscariote, a sus compañeros, sobre todo en Barcelona, no podemos menos que sentirnos satisfechos ante el apoyo moral y material que la clase trabajadora sin distinción presta al Comité Pro-Vega, para que éste pueda proseguir la campaña que, a no dudarlo, nos proporcionará la satisfacción de presentar batalla a la institución policial que para asegurar sus privilegios necesita la burguesía.

Los trabajadores conscientes han comprendido la necesidad de llegar hasta el fin, y por eso en este caso cumplen con su deber, no escatimando su apoyo material para que esta campaña alcance la amplitud necesaria, y al mismo tiempo acabar de una vez con estas repugnantes prácticas que la policía emplea, deteniendo a todo individuo que pretenda por cualquier medio estorbar la tranquila digestión burguesa.

Una vez más, demostraremos también a esos plumíferos a sueldo de la burguesía, que la Solidaridad no es una palabra vana, sino un sentimiento instintivo, que cuando el individuo por medio de una educación racional ha logrado estirpar de sí mismo los prejuicios de la Sociedad burguesa y egoísta, se manifiesta explendorosa y desinteresada tal cual es, y tal cual debe ser. Y la prueba más evidente de ello, está en que en estos momentos de incertidumbre económica y de miseria espantosa, aún hacemos los trabajadores el enorme sacrificio de contribuir con nuestro pequeño óbolo al triunfo de una causa que consideramos justa, imponiéndonos el sacrificio de contribuir con nuestro pequeño óbolo, al triunfo de una causa que consideramos justa siendo un sacrificio más, agregadoa los que la avaricia de nuestros explotadores, nos impone.

Así, pues hemos de tener en cuenta que con estos elementos conseguiremos que Vega sea libertado, y marcaremos un jalón de victoria en el largo camino de injusticias que con nosotros se cometen.

Hemos de tener en cuenta que aun no hemos hecho nada más que empezar, y por lo tanto lo más difícil está por realizar, y es necesario que no descuidemos nada, pues nuestro enemigo es poderoso y nos acecha para poder derrotarnos. Por lo tanto, cada cual en su puesto y prepárémonos.

LA RECOMPENSA

LEYENDA

Es en el año primero de una nueva era. El comunismo ha triunfado. Yacen en el abismo de la nada, religiones, privilegios, moral, todo el absurdo tinglado donde en otro tiempo se desarrollaba una farsa a la cual llamaron vida los bufones y comediantes encargados de representar la farándula sombría.

Parece muy lejano el tiempo de la injusticia al ver cuán justo es todo; muy distante la desigualdad no habiéndola ahora; muy remotos los crímenes, cuando ya no hay criminales. Armonía es una palabra escrita en el corazón de todos los hombres.

Libertad, una joven estudiosa que trabaja por reunir hechos de todos los precursores. se presenta un día con marcada satisfacción en un paseo público, y todos, al verla tan alegre, la rodean y esperan ansiosos que les hable, presintiendo algún hallazgo de notable importancia.

Así es en efecto. Oigámosle:

—Se trata, amigos, de un precursor mártir. Ya sabéis que en otro tiempo el mundo se dividía en naciones; que una de estas naciones era España. Pues bien; España era una nación mísera, pobre y sucia. Sus habitantes estaban sumidos en una ignorancia desconsoladora, en una servidumbre estúpida, en una resignación vergonzosa, en una inconsciencia irritante, en un atavismo aterrador, en una inverosímil inercia... Eran unas gentes que ni amaban, ni sentían, ni odiaban...

Yo quiero, amigos, que os imaginéis este cuadro, que os compenetréis del malsano ambiente que le rodea, del color impuro que en él impera, de la lobreguez de que está impregnado y que veáis entonces aparecer al precursor. Un hombre robusto y fuerte, un poeta de la rebeldía, un soñador valiente y generoso, un cantor de ideales de redención, de un más allá tranquilo, libre y venturoso.

Para llevar a cabo una buena obra, implantó una escuela nueva, agena a toda religión y partido, donde los hombres se hicieron fuertes moral y materialmente.

Su gran amor al estudio racional atrajo las inteligencias superiores de la nación y fué secundado por todos los hombres que tenían el corazón dispuesto a todo lo noble y elevado, la mirada fija en un porvenir de amor y bienestar.

Aquel país, cerrado a toda idea nueva, fué el mejor incentivo para su espíritu rebelde. Queriendo imponerse a rutinarismos e ignorancias de la masa, sembraba libros, cuyas ideas, como el Sol apareciendo por el Oriente, doraba con rayos de su ilustración las frentes irredentas de la multitud, derramaba claridad en sus obscuras conciencias, aportaba sus bellos pensamientos para educación y cultura de todos, para utilidad y servicio de los desvalidos, de los que sufrían, cumplía una misión elevada y grande, trataba de engrandecer a sus semejantes, se esforzaba por hacer caer las iniquidades y miserias, abrió vía ancha al progreso y quiso que todos pensaran, ¡que ninguno sufriera!...

¿Creéis que todos le escucharon, como era de esperar? No. Casi se burlaron de él. Los clérigos, los "sabios de gabinete", los burgueses, ¡al pueblo!, todos rieron a medias produciendo una ridícula y siniestra sonrisa.

El, sin embargo, mientras se cebaban en la acerba mofa, causándole morales desgarramientos, se conservaba firme, fijo la mirada en el horizonte, con la frente alta, sereno y tranquilo, contemplaba el ideal, lo estudiaba, indagaba... Pensaba... Y en intervalos que se sucedían, sin fijarse en si era escuchado o mofado derramaba haces de luz, de ideas y de pensamientos, que alumbraban un momento las tenebrosidades de los cerrados cerebros españoles.

Anhelaba una sociedad superior donde todos pudieran gozar, amar y trabajar, cuando sus deseos y aptitudes para ello estuvieran dispuestos; una sociedad, de igualdad, de amor, de armonía, y en pago de sus generosos pensamientos, recibía el silencio, la cruel sonrisa escéptica. Perseguía, por fin, el progreso; el bien le servía de guía, la bondad era su inseparable compañera...

Los gobiernos veían en él un peligro para sus privilegios; sabían que si algún día el pueblo visitaba la escuela por él fundada, se hubiese capacitado para vivir sin gobernantes, sin leyes, sin todo ese fárrago de trabas que se oponían al libre desenvolvimiento de los seres humanos. Aprovecharon una revuelta popular y fué llevado al sacrificio. ¿Me preguntáis que cómo el pueblo permitió tal abominación? Ya os he dicho que apenas se le escuchaba. Viviendo nosotros hoy en una sociedad bella, esplendorosa, sonriente, no podemos explicarnos la apatía de aquel pueblo. Sin embargo, es sencilla la explicación. Vivían unos, cegados por la política, un cenaguero repugnante donde se revolcaban las bajas pasiones todas, todas las deslealtades, todas las ambiciones, todas las mezquindades, todas las bajezas, todo el fango de una sociedad manchada por todos los crímenes, por todas las iniquidades. Otros vivían fanatizados por unas llamadas cajas de resistencia, una, al parecer, consoladora táctica, y que, sin embargo, era otra mentira, otro engaño, otro fraude. Otros aceptaban la verdad, una vieja engañadora y repugnante. Otros se conformaban con ver en el poderoso misericordia, con recibir las migajas sobrantes de sus orgías, con que les arrojasen los huesos que sus perros de caza miraban indiferentes.

Y estando el pueblo así, ¿cómo no había de morir? Fué más grande que toda su época. Poco antes de morir, gritó su pecho un viva a la escuela por él fundada.

. . . . . .

—¿Y no tuvo recompensa?—preguntaron los oyentes de Libertad.

—Sí. Alcanzó la gloria más digna de envidia de los pasados tiempos. Ya sabéis que apenas se conoció su escuela durante su vida... Le mataron y desde entonces se extendió la enseñanza racional por todo el mundo y a ella debemos vivir en comunismo.

ANTONIO GARCIA BIRLAN

NUESTRA ACTITUD ANTE LA GUERRA

EN LOS MOMENTOS ACTUALES

Parece pueril que aún tratemos de teorizar sobre los métodos a seguir para defendernos de los desmanes de la política, que nos han conducido a la horrenda tragedia guerrera que en el actual momento asola a Europa. Sin embargo, es necesario gritar contra la ignominia, poner al desnudo los maquiavélicos designios de los gobiernos homicidas para seguir demostrando al mundo que sólo los anarquistas, en esta contienda como en todas, saben guardar su puesto como paladines que son del progreso de la humanidad, que sólo puede efectuarse por la paz y la armonía y jamás por violencias inusitadas.

A nuestro entender, la autoridad posee todos los resortes que mueven al pueblo en el sentido de afirmar el privilegio y marchar decidido a su propia ruina, a su sacrificio estéril, a la matanza, en fin, que periódicamente convulsiona el ficticio equilibrio en que la sociedad se desenvuelve. Una vez roto ese lazo de unión entre las naciones por la ambición desmedida de los negocios en que cada país se disputa la supremacía, difícil es volver a reanudar la existencia ordinaria en el trabajo y en la explotación capitalista sin haber sufrido grandes quebrantos. Unos porque se atribuyen la defensa de sus derechos y otros por ser inculpados de hollarlos, lo cierto es que la barbarie va desencadenando sus furores sobre la culta y vieja Europa hace la friolera de siete meses.

En tan largo período de lucha, los contendientes y el mundo neutro no han podido reflexionar, no han visto claro el odio estúpido en que se destrozan, no han realizado, en fin, ese sueño platónico del abrazo a través de las fronteras. Se ha elucubrado mucho, se han estudiado con erudición y ardimiento las causas que han promovido la desolación, los motivos que han ensanchado el cauce de los ríos de sangre en que la mayoría humana cree hallar el remedio al mal endémico que la corroe, marchando inconsciente a un fin siniestro, cual es el de afirmar el principio de autoridad brutal, en el que quedan supeditados todos los sufrimientos físico-morales que parecen ser la eterna fatalidad que preside los destinos de la vida humana.

Ni las ruinas, ni la muerte, ni los rigores atroces del campamento han podido despertar la conciencia de esas masas que, obedientes, marchan a afirmar, según dicen los elegidos, la democracia, la civilización, todo ese conjunto de sofismas en que se basan las más preciadas conquistas del privilegio. Pues si esto es cierto, si las fibras sentimentales de los soldados no se han conmovido ante el trágico espectáculo que representan por grado o por fuerza, ¿qué recursos racionales emplearemos los anarquistas para convencer a los gobiernos beligerantes de que deben cesar sus rencillas, dando una tregua a las bélicas pasiones? Reconozcamos que nuestra opinión y nuestro juicio pesan muy poco sobre las decisiones autoritarias y aún menos sobre las decisiones populares. Seguimos siendo, pues, en el tiempo los hombres críticos. Si oficiásemos de consejeros, fácil nos sería señalar a los culpables y mucho más fácil todavía dictar el castigo que evitaría, por lo menos momentáneamente, el holocausto de muchas víctimas al ídolo patria. Pero no podemos aconsejar a nadie lo que individualmente somos incapaces de realizar.

Sebastián Faure tuvo la valentía de dirigir su manifiesto en favor de la paz, y vemos al gobierno francés, prudente y comedido, aconsejar al insigne escritor y gran orador, por mediación de uno de sus más astutos ministros, el cese de la campaña, que, según parece, había producido comentarios muy favorables en la masa general y un desaliento peligroso para la disciplina en las trincheras.

Razones sentimentales y acaso también la suprema razón del instinto de conservación han decidido una vez más que los designios de la autoridad potestativa hayan sido cumplidos por el hombre que en tales momentos representaba una incipiente y bien orientada rebeldía. Sin embargo, hay que reconocer que Sebastián Faure se ha mostrado muy hábil en la redacción de su segundo manifiesto, en el que explica los motivos que le inducen a obedecer el dictado del *simpático* ministro de acuerdo con su conciencia, que pudiera reprocharle el haber sido causante del sacrificio de algunos amigos. No debemos criticar tal argumento, pues cada uno, en la lucha por las ideas y en su influencia sobre el conjunto social, tiene el derecho de ejercer su voluntad según crea conveniente, siempre y cuando la traición no haya influido en las ulteriores decisiones. No se interprete esto como una reticencia o perverse suposición, pues lo único que tratamos de averiguar es si el prestigio del primer manifiesto sobre las masas puede ser contrarrestado por la influencia que el segundo ha podido ejercer.

Nuestro criterio es que si individuos eminentes se ven constreñidos a dar su parte a la sociedad, causante de todas las deformidades humanas; si realmente existe una obligación de pactar con ella y de conformarse de grado o por fuerza con sus leyes, muy lógico es que los más bajos, que todos, en fin, los que obedecen, hallen disculpa a la hecatombe en que están mecilados. Se aceptó la guerra en un principio con unánime entusiasmo, y aunque más tarde, por efecto de las fatigas y privaciones y por el hedor nauseabundo de la sangre vertida, las deserciones hayan ido en aumento y en parangón con el número creciente de prisioneros, lo cierto es que el descontento no ha cundido lo suficiente, que la disciplina y el ejemplo de los que tienen a gala ser héroes mantienen todavía, sino la loca pasión del primer momento, sino la embriaguez de la preparación militar en sus funciones, a lo menos esa cohesión tan necesaria al mantenimiento de los ejércitos en pie de guerra. ¿Qué importa, pues, ese ínfimo espíritu de rebeldía ni cómo producir sus saludables efectos entre esas filas abyectas, de conciencia rudimentaria, que van arrastradas por un feroz atavismo, que creen cumplir el sagrado deber de defender su patria y en las que el influjo de una educación racional que se propaga no ha echado raíces?...

No seamos ilusos los anarquistas y comprendamos que las mentalidades no han alcanzado todavía ese grado de evolución necesaria para vivir las ideas y acercarse progresivamente al punto culminante en donde empiecen a entrar en la práctica de las costumbres. Terminará la guerra cuando el hambre y la podredumbre se ciernan amenazadoras sobre el ambiente, cuando el número de los lisiados sea aterrador y muestren en macabra procesión sus horrendas mutilaciones, cuando, en fin, los gobiernos comprendan que hay barbaras atrocidades cometidas y que es preciso rehacer la vida del privilegio antes que éste sea amenazado seriamente por los eternos desposeídos. Suceda lo que las circunstancias determinen, es innegable que la consecuencia será la misma, que seguirá pesando la férrea mano de la autoridad sobre las decisiones humanas y que estas se verán por tiempo indefinido sometidas al yugo de la brutalidad inconsciente y al desbarajuste que produce la ignorancia. La justicia social seguirá, sin embargo, brillando en un lejano horizonte como un sol ideal que determina la generosidad de las buenas acciones de algunos hombres raros. Y estos son precisamente los anarquistas que no caen en la exageración individual, afirmando que las mayorías están siempre en el error. Esto no es verdad en absoluto, pues algunas veces han sido guiadas por un buen sentido, aunque rudimentario, y es la historia la que constata este hecho. Sin duda que, bajo el aspecto filosófico, resulta hermoso repudiar a la masa, pero los que tal hacen no pueden salirse de ella, menos de caer en la misantropía, el pesimismo o todavía más bajo.

Siendo el individuo sociable y susceptible de educación, la sociedad en general también puede recibir más o menos lentamente los beneficios de esta armonía intelectual que se persigue. En este sentido, pues, creemos en el progreso y por él hacemos la propaganda entre las masas. Es necesario tener en cuenta que vivimos en nuestro tiempo y que las inteligencias no están aún educadas para vivir sin la férula autoritaria. Esto no quiere decir que la humanidad del porvenir no cambie de moral, y puesto que existen precursores, existe también una verdad futura que puede resumirse en otras formas sociales, sea en el colectivismo, sea en el comunismo, resultando así una cuestión a discutir, puesto que no sabemos nada en absoluto. Sepamos distinguir la realidad de la fantasía, y aunque coloquemos el ideal del hombre nuevo en un plano más elevado que lo que en sí representan los sindicalistas, colectivistas o comunistas actuales, no por eso hemos de despreciar a éstos y equipararlos a los religiosos, a los autoritarios, a los que no quieren reflexionar, a los que, en suma, tienen el cerebro atiborrado de toda suerte de prejuicios.

Afirmamos que filosóficamente todo el mundo puede aventurarse en la discusión y esto quiere decir que todas las teorías tienen razón de ser, pero en la práctica de la vida no es una aspiración la de ser considerado siempre como un individuo fuera de su tiempo que no participa de las ideas y sentimientos predominantes y que por tanto, encastillándose en su torre de marfil, se cree completamente desligado de las luchas sociales, que aun siendo ínfimas, tienen su importancia en la adquisición de nuevas verdades con tendencia siempre a un mayor grado de perfección intelectual y mejoramiento físico de los individuos y por ende de la sociedad en que evolucionan.

Consideramos, pues, que es un individualismo pernicioso el de creer que se puede dejar de ser anarquista por seguir una orientación racional, colocándose bajo la autoridad de un plan de construcción no definitivo pero sí conforme a las leyes de la naturaleza, que son siempre seguidas por la humanidad, aunque los sistemas sociales autoritarios alejen al hombre de su verdadero camino en el universo. En conclusión, nuestro juicio es que debemos ser anarquistas sin adjetivos y que debemos portarnos como tales en todas las circunstancias. No puede haber oportunismo en nuestra actitud, porque estamos muy separados del triunfo ideal. Nuestra labor es todos los momentos, uniforme y precisa, ejerciendo nuestra influencia sobre el conjunto social, dando la nota de rebeldía y afirmando sobre todo con la solidez de nuestros argumentos, que la humanidad tiene derecho a vivir en la más alta justicia, permitiendo por tanto que los individuos se desarrollen íntegramente, pudiendo así lograr una felicidad relativa y aspirando siempre a una mayor.

En el caso concreto de la guerra actual, queda de antemano fijada la actuación anarquista. Despreciemos la invectiva de que algunos quieren hacer víctimas a los que se mueven en favor de la paz, diciéndonos que no hay gran valor en gritar contra el fuego cuando es la casa del vecino la que arde. La sutileza de algunos llega al extremo de establecer la paradoja de que se hace el juego de los gobiernos neutrales, afirmándose contra la guerra. De todos modos es preferible mostrarse hostiles e irreductibles contra las bélicas aventuras, que callarse y tomar una posición de pasividad espectante.

Así, pues, resumiendo, haremos constar la necesidad de hacer algo en favor de la paz y esto es un alegato en pro del Congreso que se proyecta en el Ferrol, en donde todas las buenas voluntades deben reunirse con sus prácticas iniciativas, para lograr al menos que la voz de la justicia se haga sentir una vez más en las altas esferas y pueda ser más próximo el fin del oprobio de esta guerra, contra la que se levantan solamente los altruistas y los conscientes.

COSTA ISCAR

Atropello en Tánger

Nos escriben de Tánger participándonos que el compañero portugués Catalino Gordiho ha sido brutalmente atropellado, penetrando en su casa dos policías españoles, y como habita en el campo, en una barraca con un pequeño huerto, no entraron por la puerta, conminándole a que para el día 26 tuviera la casa levantada.

Al preguntar a los policías si traían órdenes del cónsul, contestaron que ni las traían ni las necesitaban, y al pretender nuestro compañero que se marcharan, uno de ellos llevó la mano al revólver.

Después se enteró de que a la derecha de la barraca se hallaba el jefe de la policía y a la izquierda dos policías más, en casa de un inglés.

La policía es en todas partes lo mismo. Su norma es el atropello, y de este sistema no pueden ni saben separarse.

VULGARIZACIÓN CIENTÍFICA

Sobre Astronomía

Tres puntos de mi anterior escrito voy a recordar: grandor de la Tierra, grandor del Sol y distancia que de nosotros lo separa. Decía que la Tierra es una bola enorme que tiene 40 mil kilómetros de circunferencia; pero que comparándola con el Sol resulta una cosa insignificante, puesto que este astro es 1.280.000 veces mayor. También decía que la distancia que hay de la Tierra al Sol es de 149 millones de kilómetros, distancia que para atravesarla, con una velocidad de 100 kilómetros por hora tardaríamos algo más de 170 años.

Veamos ahora qué es el Sol comparado con el Universo. Nuestro Sol, esa colosal bola, no es más que una estrella, un astro como esos puntitos brillantes que adornan el cielo por las noches. Y no es una estrella más grande que las otras, es de un tamaño mediano; si lo vemos más grande que las estrellas es porque está mucho más cerca.

El número de estrellas visibles a simple vista no es incontable, como muchos creen. Hace tiempo que los astrónomos las contaron, y no son tantas como parece, pues un hombre de buena vista en una noche despejada sólo podría contar 3000. Teniendo en cuenta que uno mirando al cielo no ve nada más que la mitad, resulta que las estrellas que el hombre puede ver con sus propios ojos en todo el cielo son unas 6000.

Pero si el hombre se vale del telescopio, entonces varía la cuestión. En un espacio del cielo donde nuestra vista distingue unas cuantas estrellas, con un telescopio se ven centenares, miles... Y a medida que aumenta la potencia de ese ojo gigantesco, aumenta la el número de estrellas; los astrónomos, conocen ya muchos millones.

Todas esas estrellas que vemos, todos esos millones de astros que descubre el telescopio son soles, soles enormes, masas colosales igual que nuestro Sol.

Comparada la Tierra con el Sol resulta bien poca cosa, un grano de trigo frente a una pila de unos 100 litros; comparado el Sol con el infinito número de soles que pueblan el cielo, es casi nada, un granito de arena en inmenso desierto.

Aunque se pongan ejemplos es difícil hacerse cargo de ciertas cosas. Conocemos las dimensiones de la Tierra, tenemos clara idea de lo que es un kilómetro, sabemos la distancia que hay de un sitio a otro, y a pesar de tener todos estos datos, ¡cómo se anonada nuestro espíritu cuando en largo viaje durante días y semanas atravesamos con gran velocidad terrenos o mares en ferrocarril o vapor! Y si el grandor de la Tierra casi escapa a nuestra comprensión, ¿cómo vamos a explicarnos el grandor del Sol, y cómo vamos a poder formarnos idea del Universo?

Dejemos lo grande y digamos algo sobre la distancia. Hemos quedado en que el Sol dista de la Tierra 149 millones de kilómetros, y que esto, para nosotros es una distancia enorme. Pues bien, el Sol es la estrella que está más cerca de nosotros, las otras están mucho más lejos...

Los astrónomos han podido calcular las distancias que de nosotros separan a las estrellas más cercanas. La estrella que más cerca nos está del Sol está miles y miles de veces más lejos que este astro: 40 billones de kilómetros tendríamos que recorrer para llegar a esa vecina estrella. Si para ir al Sol con una velocidad de 100 kilómetros por hora necesitamos unos 170 años, para ir a la estrella que decimos necesitaríamos más de 45 millones y medio de años.

La luz recorre 300 000 kilómetros por segundo; en venir la luz del Sol a la Tierra tarda 8 minutos y pico, en llegarnos la luz de la estrella a que nos referimos emplea más de 4 años. Y estamos tratando de la estrella más próxima.

La segunda estrella más cercana a la Tierra se halla a la distancia de 68 billones de kilómetros. A 92 billones la tercera. Más de 72 años tarda la luz en atravesar el espacio que nos separa de la última estrella que han medido los astrónomos la distancia. Pero téngase presente que sólo se conoce la distancia de unas 30 estrellas, y que son las más próximas.

Hay estrellas tan retiradas de nosotros, que su luz nos llega al cabo de cientos, de miles de años...

Si imposible nos es concebir el grandor y número de esos inmensos e incontables astros que pueblan el espacio infinito, mucho más difícil nos es imaginarnos a las distancias enormes que se hallan las estrellas.

Frente a tanta grandiosidad, nuestro espíritu se reconcentra, pensamos en nuestra pequeñez, y nos preguntamos que cuándo llegará la hora que el hombre se de cuenta de su insignificancia y dedique sus energías a hacerse grata la vida.

IRIDIO

¿Hasta cuándo?

¿Habrá algo en este planeta que habitamos más horroroso e inhumano que una fría mañana del mes de enero en medio de un olivar? Apenas asomados los primeros albores de la mañana, cuando una gruesa capa de nieve cubre toda la corteza terrestre, ya se hallan esparcidos por todos los olivares de Andalucía grupitos de hombres miserablemente vestidos, que con las manos entumecidas intentan en vano derribar las negras aceitunas. Y un poco más allá, arrastrándose sobre la nieve que cubre la tierra, otro grupo de débiles mujeres escuálidas, famélicas, según atestiguan sus pálidos y demacrados rostros, y casi desnudas. ¿Y quién sabe si alguna de aquellas infelices se hallará en ese estado en que tan conocido le es a una mujer el contacto con la humedad? Pero todo han de soportarlo aquellas pobres mujeres con tal de poder saborear aquella noche un potaje de garbanzos tan duros como el corazón de cualquier burgués, y poder ahorrar al fin de varada diez o doce pesetas para comprarse unos zapatos de becerro que han de guardar para domingos y días de fiesta.

Ese es el cuadro horrible y antihumano que se presentará a la vista de cualquier espectador que a tales horas visite todos los olivares de Andalucía.

Y si ahora nos introducimos en la lujosa morada de uno de los burgueses, a cuya gavetas van de a encerrarse todas aquellas aceituna en forma de billetes del Banco, a poco que escudriñemos encontraremos al burgués en una sala ricamente alfombrada, tumbado sobre blandísimos colchones de pluma, y envuelto primero en sábanas de finísima batista, y después en tres o cuatro cobertores de lana, durmiendo tal vez la borrachera de la noche anterior, o quizá descansando las fatigas de alguna conquista amorosa.

Y ahora se me ocurre a mi preguntar: ¿Hasta cuándo ha de existir esta desigualdad irritante que obliga a unos a trabajar noche y día, alimentándose de miserable bazofia, y sin poder tener en cuenta para ejecutar el trabajo ni las estaciones del año, ni los días y horas de excesiva temperatura de frío y calor, mientras otros viven en continua holganza, saboreando riquísimos manjares y gastando un lujo deslumbrador? ¿Hasta cuándo hemos de soportar este trabajo denigrante que aminora y entristece nuestra juventud y nos hace tan amarga la existencia? ¡Ah! Ya estoy viendo a algunos de mis compañeros (1) que me dicen que siempre han habido ricos y pobres, que siempre ha sido así y que así tendrá que seguir. No, queridos compañeros, ni ha sucedido siempre así, ni así tampoco ha de continuar. Si no, escuchad:

Hubo un tiempo en que los jefes de las tribus, de los pueblos y de las naciones, y los dueños de la propiedad eran solamente los más valientes, los de más fuerza. Hoy, por el contrario, los jefes de los pueblos y los dueños de la propiedad son los más astutos, los más hipócritas. Más tarde existió la esclavitud, en cuyo régimen social los esclavos no podían ni contraer matrimonio ni poseer bienes de ninguna clase, y eran considerados lo mismo que las bestias. Hoy, los que tienen suficiente hipocresía y astucia, aun siendo de nuestra clase, pueden llegar a enriquecerse y hasta a erigirse en jefecillos. Y últimamente existió el absolutismo y la inquisición, en cuyo régimen social a ningún ciudadano le era permitido censurar los actos del gobierno, no ya públicamente, sino que tampoco en secreto; y por la más leve sospecha, por una infame delación de cualquir hombre vengativo, eran los ciudadanos encarcelados y quemados en hogueras, sin tener en cuenta si aquello que se delataba era cierto o falso; mientras que hoy los hombres de verdadera inteligencia, por no censurar o aplaudir los actos del gobierno, siempre que no traspasen los límites de la prudencia, sin que por ello puedan recibir ni el más leve castigo.

Ahora bien; si nuestros antepasados supieron cambiar la dominación del valor por la de la astucia, la esclavitud por libertad, aunque sea relativa, y el absolutismo y la inquisición por la independencia, ¿por qué nosotros no hemos de poder cambiar la propiedad privada en propiedad común, con la cual se trabajaría en condiciones naturales e higiénicas, y cada uno disfrutaría el producto íntegro de su trabajo? Creo que sí, queridos compañeros, o al menos así nos lo demuestra la historia, así nos lo han afirmado los grandes sabios, y así lo hemos entendido nosotros, pobres que, aunque de pequeña imaginación y escasos conocimientos, nos preocupamos algo de los problemas sociales.

CRISTÓBAL MORENO

Rute.

(1) Digo compañeros porque lo somos todos los que trabajamos.

pusieran el grito en el cielo, calificando de criminales y bandidos, ante la tiránica Compañía, a los dignos compañeros Santiago y Francisco Díez.

Y a todo esto preguntamos nosotros: ¿Qaién es el criminal? ¿Un hombre que pacífico y sereno propaga, por medio de una hoja, la razón y la verdad, apartando al obrero de la senda del error, por la que le hacen marchar los políticos profesionales, o cuatro perros, confidentes del gobierno, que atrofian las mentes de los nobles productores, inculcándoles el virus ponzoñoso que se traduce en odio a todo semejante que no comulgue con ruedas de molino?

Los claudicadores tienen la palabra.

Y, para terminar, os lanzamos al rostro las palabras pronunciadas por los mártires de la Libertad, Ficher y Spies, antes de subir al cadalso:

"Grande es la verdad, y la verdad prevalecerá. ¡Salud, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy sofocan con la muerte!"

Por el grupo "Ni rey ni patria", de Nerva, *Manuel López.*

MI IDEA

¿Que cuál es mi parecer
o mi modo de pensar,
cuando me suelo expresar
sin dejarme comprender?
No haciéndome de rogar
te diré mi parecer
y condición he de ser,
que tú no me has de juzgar.
Hay de mi idea a las tuyas
gran trecho para correr
y pronto lo vas a ver
cuando estas líneas concluyas.
Mi idea es la verdad,
que es lo sublime y noble,
porque quiero la igualdad.
Que no haya explotadores
mandando con tanto fuero,
que dan al pobre el dinero
después de muchos sudores;
que acaben las religiones
con esas falsas creencias,
y sea ley la conciencia
para juzgar las acciones.
Que acabe la propiedad
y que el dinero no exista,
ni haya gobierno que vista
que rija a la humanidad.
Y como se que te hastía
el leer esta verdad,
luchando por la igualdad
daré un ¡viva a la anarquía!

MATILDE BARBA

El desarme general

«El desarme universal sería ya un hecho si todos pensáramos como las masas, pues no hay ninguna que contemple indiferente esos grandes ejércitos que están formados por sus hijos.»

L. F. de G. J.

Hoy es de gran necesidad emprender una enérgica campaña de propaganda hacia el desarme universal, para que no se den esos horrorosos cuadros chorreando sangre, a la faz del siglo XX.